

OFICIOS TRADICIONALES DE RANCAGUA

A continuación, se entrega un pequeño relato de oficios y de las personas que lo practican aún y que han sido relevantes en la historia de Rancagua.

Un iniciativa de Casa de la Cultura Rancagua y
Departamento de Patrimonio y Turismo
Ilustre Municipalidad de Rancagua
junio 2019

Luis Enriquez Quezada
Relojero
Brasil 1023

RELOJERIA
OMEGA



Sra. Alicia Núñez
Viuda de don
Enriquez

En calle Brasil, entre la muchedumbre y los puestos donde abundan los productos chinos de bajo costo y poca duración, se encuentra la relojería Omega, con sus paredes cargadas de relojes en tonos dorados y de madera se destaca el estilo clásico del lugar. Tras las vitrinas, dos señores dispuestos a atender amablemente a los clientes.

Fue con uno de ellos con quien iniciamos la primera conversación sobre la historia de este local, enterándonos de que el antiguo dueño, Luis Enrique Quezada, falleció hace algunos años, heredando el negocio su viuda.

Preguntamos por ella, insistiendo en la posibilidad de conseguir más información. No obstante, nos señalan que en estos días su memoria no andaba muy bien, que sería difícil hablar con ella. Dicho esto, se asoma desde atrás un mujer ya mayor, de ojos claros y que enseguida reconocimos como la esposa de quien fundó la relojería.



Nos cuenta que Omega es una de las relojerías más antigua de Rancagua, abriendo por primera vez sus puertas en el año 1957. Detalla que desde el comienzo se reparan relojes, como también se venden nuevos de distintos

modelos, importados de diversos países. Incluso, nos cuenta que en años anteriores se vendían más relojes suizos. La gente, al parecer, sabía distinguir un reloj bueno, no como ahora, menciona, donde todos creen que los relojes de marca Casio son de buena calidad, cosa que no es tan así.

La Sra. Alicia Núñez, recuerda y es enfática en mencionar que la relojería además siempre mantuvo vitrinas con artículos nos de decoración, joyas, cristalería, barómetros y otros.

En la actualidad la clientela se ha reducido. La gente ya no prefiere los relojes a cuerdas, por lo que los maestros relojeros reciben menos reparaciones. Ahora las personas, como si el tiempo que miden estos mismos relojes avanzara más rápido, optan por ver la hora de la manera más inmediata posible, mirando el celular. Todos programan alarmas e incluso ven qué hora es en cualquier rincón del mundo.



Alicia, concentrándose en cada pregunta, como si fuera una lucha por no dejar escapar los recuerdos de los años en que pudo disfrutar de ver el negocio de su marido con 5 relojeros activos, trabajando constantemente, arma que hoy en día el ocio sólo está a cargo de un maestro. El otro, tiene como función reparar joyas.

Evocando y situándose en aquellos años en que Luis Quezada gozaba de buena salud, Alicia nos cuenta que sus proveedores eran comerciantes viajeros que llegaban hasta Rancagua para ofrecer productos directamente a la relojería, esto debido a que Omega era famosa dentro de la ciudad y ostentaba mucha clientela: mineros, campesinos, señoritas, son algunos de los que se le vienen a la mente.

Por estos días, reriéndose a la lista de compradores o de personas que solicitan reparar un reloj, señala con mucha serenidad que "no llueve pero gotea", quizás en esta frase resume su agradecimiento de que aún siga vivo el legado de su esposo, a pesar del cambio que le trajo el pasar del tiempo.



Hugo Fuentes
Impresor
Zañartu 570

**IMPRESA
ANTÁRTIDA**



En la búsqueda de los ocios más antiguos de Rancagua, llegamos hasta la imprenta Antártida, donde nos recibe personalmente su dueño, Hugo Fuentes Cartagena. Con una amabilidad admirable, abre las puertas de su imprenta y también las de su historia. Lo primero que nos menciona es que él comenzó como cajista, ocio extinto y que muy pocos conocen, ¿qué es eso?, le preguntamos. Sonríe, y nos cuenta que antiguamente las imprentas funcionaban con sistema tipográfico y el cajista era el encargado de juntar letra por letra para formar una palabra. Éstos fueron sus comienzos dentro del recorrido que hizo en distintos diarios de la región, partiendo por el diario el "Progreso del Cachapoal" en la comuna de Peumo y luego en el diario "La Región" en la ciudad de San Fernando. Ya con el ocio aprendido, llegó a Rancagua para incorporarse en un nuevo trabajo como empleado en Imprenta Verdugo.



Tiempo después, tras ser despedido, don Hugo convencido que era el tiempo justo decide independizarse, recuerda que al principio empezó con una sola máquina de mecanismo manual, siendo imposible olvidar el cansancio del brazo luego de horas de trabajo.

Esta máquina le permitía sacar copias en base a diseños que se plasmaba en una placa. Poco a poco, gracias a su perseverancia en este ocio, fue alcanzando implementar su imprenta con nuevas máquinas, una más moderna que

la otra, pasando desde el sistema tipográfico a la era digital. Don Hugo, mientras nos lleva a conocer las distintas imprentas, nos menciona que hay dos de marca Heidelberg, que son el tesoro que conserva con mucho orgullo. Las hace funcionar junto a su hijo y pareciese que

encendiera una máquina del tiempo que nos transporta a la época de Gutenberg.

En temas de venta, nos señala que sus clientes son principalmente pequeñas y medianas empresas, liceos, clínicas que requieren hacer un trabajo de imprenta y de tiraje alto, como boletas, guías de despacho, volantes, afiches, calendarios agendas, cuadernillos, libros, etc.



En la actualidad, pese a la posibilidad de que en cada hogar exista una impresora, la imprenta sigue vigente, obviamente, actualizándose en cuanto a tecnología. Es fuente de trabajo para 8 personas, que ejercen uno de los oficios más antiguos de la ciudad y que comparten la alegría y el orgullo de ser personajes activos en la historia de esta imprenta, que ya cumplió 40 años.



Luis Cavieres
Luthier

San Martín 571

MAS MÚSICA
REPARADORA
ARTESANAL DE
GUITARRAS



Siendo un joven enérgico, la historia de Luis Cavieres comienza con una noble acción que lo llevó a convertirse en uno de los pocos luthier más asequibles para el pueblo musical rancagüino.

Cerca de los años 80 emigra a Santiago con el propósito de asistir a una tía, que, por motivos de salud, debía permanecer en la capital. Fue así como consiguió trabajo de "junior" en la pensión donde vivía. Esta labor ya la conocía puesto que en Rancagua se dedicó un tiempo a este trabajo. Luis nos cuenta con entusiasmo que gracias a la ubicación de la pensión logró tener el primer acercamiento con la lutheria. La razón es que en las cercanías se encontraba la fábrica de guitarra Tizona, marca renombrada hasta en la actualidad. Poco a poco, se fue acercando hasta que consiguió realizar los repartos de dicha fábrica. Curioso, fue consultando a los maestros, por aquellos años todos españoles, recuerda. ¿Cómo se realiza esta curva? ¿Qué madera es ésta?



Así, sumando preguntas, fue obteniendo el conocimiento técnico para construir instrumentos de buena calidad. Con nostalgia termina el relato de esa parte de su vida, mencionando el gran incendio que años después afectó a la factoría de guitarras Tizona.

Tiempo más tarde, ya de vuelta en Rancagua, en el año 1982, y viendo la escasez de reparadoras de instrumentos en la ciudad, Luis decide aventurarse y abrir su primer negocio en el pasaje Cillero. Ahí parte y recibe a sus primeros clientes que fueron guía para ir ampliando el ocio con otros productos musicales. Permaneció en ese lugar por algunos años para luego instalarse definitivamente en el sitio que todavía se encuentra trabajando ubicado en calle San Martín.

Dentro de los clientes que recuerda más ellos son los hermanos evangélicos, dice, quienes le pedían guitarras nuevas y reparaciones.



Lo mismo con personas integrantes de conjuntos folclóricos de la región. Es por esto que las arpas aún llegan para ser asistida por este doctor de los instrumentos musicales.

En la actualidad, Luis reconoce que se ha visto afectado por el "mercado desechable" y las grandes tiendas. A pesar de mantener una vitrina con diversos instrumentos tales como ukelele, cuatro, panderos, etc, las ventas han disminuido considerablemente. También, asume los errores cometidos en negociaciones que lo han perjudicado.

Con un tono de decepción, nos asegura que su local está pronto a dejar de funcionar. Desde su experiencia, no le ve mucho futuro a este oficio. Sin embargo, se despide de nosotros y vuelve a su taller y se concentra en las reparaciones que le quedan por hacer.



Luis Burgos
Lustrabotas

Calle Brasil S/N

Django



Don Luis Burgos Lago, más conocido como Django por su particular manera de vestir, muy parecida a la del personaje de la clásica película de western. Partió en el ocio de lustrabotas a los 14 años, en 1962, año en que su padre decide emigrar de Chiguayante a Rancagua en busca de trabajo, hecho que afortunadamente concretó cuando comenzó sus labores como suplementero.

Siendo muy joven, Luis ya se caracterizaba por su espíritu inquieto y decidido a generar sus propios recursos. Se instala de manera estratégica fuera del Hotel Santiago, lugar transcurrido por personas que entraban y salían de la ciudad, dado que ahí estaba el terminal de Jedimar, ex Turbus. Cabe señalar que en tiempos pasados los zapatos de cueros abundaban, por lo que era necesario lucirlos y mantenerlos. Posteriormente, viendo siempre la posibilidad de tener más clientes, se traslada e instala con todos sus implementos, pasta, escobillas, lustrín y el cómodo asiento en el que el cliente se puede relajar mientras sus zapatos cobran brillo, a un lugar que se transformó en su segundo hogar:

la vereda frente a la Corte de Apelaciones de Rancagua, donde se le puede encontrar hasta el día de hoy.



Según Django, lo que recuerda sobre el oficio, es que nunca fueron muchos quienes ejercían esta labor.

Habían ciertos sectores, como la Plaza de Los Héroes, Corte de Apelaciones, y en ese entonces, el Hotel Santiago, donde se podían localizar a no más de 2 a 4 lustrabotas.

Django lustra alrededor de 20 zapatos al día. Esto depende de muchos factores, asegura; un buen día es post una lluvia. Atiende a tan solo 1500 pesos la lustrada, a todo tipo de cliente, pero reconoce que quienes más recurren a sus servicios son ciudadanos tradicionales. El 95% son hombres que gustan de zapatos de cuero, verse ordenados y presentables en el trabajo. La imagen es importante y eso lo sabe el propio Django al mostrar sus impecables botas de cuero que combinan perfecto con sus gafas oscuras. Como trabajador independiente, sus horarios varían, pues es él quien decide cuándo comenzar el día. Sin embargo, prefiere partir comúnmente su jornada a las 9:00 hrs.

Disfruta mucho esa libertad, es uno de los beneficios que con orgullo menciona, junto con señalar que es un trabajo que hace de manera legal, pagando regularmente su Patente Municipal.

Con 71 años, Django es el más antiguo y uno de los dos lustrabotas que resisten en una ciudad que con el pasar de los años va quedando sin los protagonistas de este oficio callejero.



Luis Pezoa
Zapatero
Calle Brasil S/N

**REPARADORA
ALCASAR**



Con ya más de 60 años, a partir de 1957, la Reparadora Alcázar sobrevive a la invasión de calzados chinos, qué, como plaga sobre la ciudad, se ha tragado incluso a renombrados fabricantes nacionales de zapatos.

Don Luis Humberto Pezoa, propietario, recuerda los tiempos en que su padre fundó el negocio en el oficio que posteriormente él mismo heredaría. Cuenta que el nombre de la reparadora tuvo que cambiar de “Alcázar” a “Alcázar”. De esta manera, nos aclara, adelantándose a cualquier pregunta o corrección, que el nombre no tiene un error ortográfico, sino que fue intencional. Entendido esto, y encendiendo un cigarro, retoma el inicio de la historia.

Todo comenzó después de que su padre abandonara el negocio de la verdulería. En ese entonces, La Vega de Rancagua se encontraba donde actualmente están ubicados los departamentos “Empart” lo que provocaba un gran flujo de personas por calle Alcázar, potenciales clientes para la fabricación y reparación de zapatos. El padre de Luis, motivado por emprender un mejor negocio, se empeña y adquiere los primeros conocimientos del oficio.

Luis menciona que, si bien la clientela variaba, en su mayoría eran trabajadores

de la Mina El Teniente que bajaban para reparar sus bototos mineros, o bien para comprar calzado de vestir. Por otro lado, eran frecuentes los campesinos que buscaban zapatos cómodos y duraderos, como también los comerciantes quienes solicitaban un zapato clásico pero de detalles más elaborados



Luis, siempre detrás del mesón, menciona que en su época de gloria logró tener un equipo de 10 maestros zapateros, siendo capaces de tener una producción que le daba el dinero de sobra para mantener a su familia.

Y es que eran tiempos buenos, donde el oficio se valoraba y el trabajo no faltaba. Tiempos imposibles de olvidar. Eso se nota en la mirada de don Luis mientras nos cuenta, como reencontrándose con aquel zapatero ocupado, que el cuero se compraba en Santiago, precisamente en la calle Bascuñán, que las suelas eran hechas de cuero con otro proceso de curtido, muy diferente a las suelas que ahora les toca reparar. Son todas chinas esas leseras, nos comenta.

Curiosos, le preguntamos qué modelos fabricaba, y con entusiasmo nombra algunos, quizás los más solicitados. El zapato petate, que era tejido en cuero, era un objeto muy fino que tan sólo era comprado por ejecutivos de El Teniente. El mocasín argentino, zapato reina, el clásico zapato huaso, entre otros. Finalmente, la bota chantillí, o también

llamada bota polera, requeridas por Carabineros y clubes de Polo.



Imposible olvidar el zapato colegial, el ortopédico, la chala franciscana y el zapato de charol, fabricado con cuero que sobre éste llevaba una película brillante, haciéndolo reluciente.

Atrás quedaron esos años de fabricación. Ahora don Luis sólo recibe zapatos para reparar. Colocar tapillas, coser, ensanchar son algunas de las cosas que los clientes solicitan. Ahora todos compran zapatos chinos, vuelve a mencionar. Ya no existen zapatos buenos hechos en Chile.

El oficio ya no le da el soporte económico, como lo fue en los años 60', es por eso que nos comunica que está a punto de cerrar, que ya vendió el local y con esto desaparece de la calle Alcázar una de las zapaterías más antiguas de Rancagua.



Peluquero
Carlos Donoso
Dirección: Alcázar 377

PELUQUERIA
DONOSO



Don Javier Donoso comenzó su recorrido en el oficio de la peluquería en el año 1950. Su hijo, Carlos, heredero de sus conocimientos y actual propietario de peluquería “Carlos Donoso”, recuerda con absoluta seguridad la fecha en que su padre dio el primer paso en el rubro. Comenzó instalándose en población San Francisco y de manera itinerante fue probando en distintos lugares de la ciudad. Pasó por el Hotel Teniente, ubicado en calle Millán.

Luego se situó en calle Germán Riesco, justo frente a la Gobernación y finalmente, un 2 de enero de 1970, arribó en calle Alcázar, lugar donde se permanece funcionando actualmente la peluquería.

Carlos, es una persona que no olvida las fechas importantes, por lo mismo, nos señala que tres años más tarde, un 2 de mayo de 1973, él entra a trabajar con su padre, aprendiendo el oficio.

Mientras nos sentamos en los antiguos sillones tapizados de cuero notamos que la peluquería conserva lo clásico en toda su amplitud.

Cabe señalar que sólo se realizan corte a varones, cortes tradicionales llamados corte regular largo, mediano o corto, estilos lejanos a las nuevas tendencias impuestas por las barberías, en su mayoría importadas desde Centroamérica.



Nos fijamos en las sillas donde se sienta el cliente, cada una tiene 80 años aproximadamente. Carlos nos cuenta que fueron compradas usadas y nos muestra la placa que indica que fueron fabricadas por Galvano Metal, una empresa que se ubicaba en calle Libertad, en Santiago.

Como dato importante, Carlos nos cuenta que su peluquería es conocida como “La Peluquería del Clero”. Nos explica que es a raíz de que a un antiguo rector del Seminario Cristo Rey le gustaba como le quedaban los cortes tradicionales, por lo que él enviaba a los seminaristas, quienes solicitaban el mismo corte de pelo.



Sastre
José Zapata
Dirección:
José Victorino Lastarria 547

SASTRERÍA CAMAJO



Recién partiendo la adolescencia de José Zapata, nace la historia de quien dedicaría más de 73 años a la realización de uno de los oficios más antiguos en la ciudad de Rancagua, dando vida a una de las sastrerías encargada de vestir a los señores que habitaban en Sewell.

Y es que en la altura cordillerana también se vestía a la moda.

José Zapata, actualmente un hombre de 82 años, comenzó con este oficio como cortador de pantalón en un negocio perteneciente a su primo con quien, además, vendía telas por las localidades rurales de la región. Graneros, Codegua y San Francisco fueron parte de los recorridos como vendedor ambulante. Comúnmente denominados "Turcos", y que poco tenían que ver con el país de Turquía.

Ya en el año 1954, y animado por la fuerte demanda que existía por la confección de prendas de vestir, se independizó e instaló por calle Lastarria. Allí comienza su propio negocio, conocido hasta en la actualidad como "Sastrería Camajo".



Por aquellos años, Rancagua, siendo una localidad minera y agraria, concentraba una gran población de trabajadores que no dudaban en gastar parte de sus sueldos en ternos y ropa elegante, recurriendo a las sastrerías en una ciudad que, en ese entonces, se encontraba libre de las ofertas de grandes tiendas.

La sastrería fue siempre considerada como uno de los oficios más prestigiosos. Don José no olvida los años donde pudo disfrutar de los beneficios de un trabajo bien remunerado, ni a los mineros que bajaban de la cordillera dispuestos a vestirse bien, y que con tremenda pinta, iban a los burdeles a dejar el alma y el cuerpo, además del dinero que con el sudor de la frente habían ganado en la mina subterránea más grande del mundo, El Teniente.

No es difícil para don José recordar los trajes más solicitados: el de huaso hecho de tela "fantasía", los distinguidos ternos solicitados por los mineros confeccionados con tela de lana fina. Tampoco olvida la moda del pantalón

Pata elefante, los colores oscuros que predominaban ni las revistas figurines que le permitía al cliente elegir según la tendencia de la época.



En Rancagua existieron muchas sastrerías. Según el mismo José Zapata, se podían encontrar entre las calles Independencia, Lastarria y Pasaje Cillero algunas de renombre en la comuna: La Elegante, La Bandera Azul, Muga, La Paris y La Argentina, entre otras. Esto evidenciaba lo activo que era el oficio, por lo tanto, fue preciso conformar una federación de sastres y gestionar cursos de perfeccionamiento.

Muy distinto es en la actualidad. La sastrería Camajo ya no funciona como antes. Atrás quedaron las confecciones y las revistas figurines. Lo último que ha sobrevivido en el quehacer de Don José es el arreglo de prendas y basta de pantalones de personas que aún no olvidan que existe un hombre que dedicó una vida entera a este noble trabajo.

La Sastrería Camajo cerró sus puertas la segunda semana del mes de mayo de 2019.



Sombrero
Jorge Abrigo
Dirección:
Carrera Pinto 1059

**SOMBRERERÍA
LA VICTORIA**



La Sombrerería La Victoria fue fundada por don Manuel Abrigo Reyes, quien llegó de Curicó en el año 1928 a trabajar en este oficio en busca de mayores clientes. Hoy, este negocio lo heredó su hijo, don Jorge Abrigo, traspasando a su vez el conocimiento a uno de sus hijos, sumando de esta manera, un nuevo maestro sombrerero para los Abrigo.

El oficio de sombrerero de esta familia se conecta con el bisabuelo, personaje recordado por su descendencia, con gran orgullo tras batallar en la Guerra del Pacífico.

"La Victoria" se instaló desde un comienzo en Carrera Pinto, atendiendo principalmente a dos tipos de clientes. Por un lado, al huaso, y por otra, al minero. Cabe señalar que el prestigio que conserva lo consiguió gracias al minucioso trabajo que realiza, ofreciendo sombreros huasos de alta calidad, pudiendo ser de lana de oveja o pelo de conejo, este último es más fino.



Respecto de los sombreros no huasos se destacaban los denominados “calañé” y “argentino”, entre otros, solicitados especialmente por los mineros.

La materia prima para cualquier sombrero aparece en las manos de los maestros con una estructura llamada clocha. A partir de ésta se realiza el sombrero en distintos modelos.

La clocha se traía antiguamente desde Santiago y la producía la Fábrica Girardi. Hoy, esta es importada desde Perú o Bolivia.

Un sombrero huaso de pelo de conejo puede costar alrededor de 150 mil pesos, y el fabricado con lana de oveja, 45 mil.

En relación con la chupalla, la Sombrería tiene proveedores dentro del país, en lugares como La Alahuela, San Pedro de Alcántara y Cutemu. Don Manuel aún recuerda los años en que se trabajaba más la teatina y compara aquellos productos con la chupalla de paja de arroz, que en la actualidad, como un objeto fino, puede costar hasta 360 mil pesos.



Con las medidas ya memorizadas, la cuarta generación de maestros de sombreros señala que una chupalla de hombre es de 11 centímetros de ala y 8 y medio de altura. La chupalla de mujer tiene una dimensión algo menor: en su ala es de 10 centímetros y altura 8. También posee, a diferencia de la chupalla para hombre, adornos que puede ser un cordón de seda y o un pañuelo en diversos colores.



Carbonera
María Zúñiga Hupat
Dirección:
Carrera Pinto 1042

CARBONERA
CARBON ESPINO



En 1966, María Zúñiga Hupat, con tan sólo 18 años, anhelaba comenzar su propio negocio y decidida a instalarse con una paquetería, comenzó a idear un plan para recaudar fondos y concretar su objetivo. Es así como comienza a vender carbón, sin saber que poco a poco, a través de la experiencia, se iría perfeccionando en el negocio, haciendo de este oficio el sustento para su familia.

Uno de los principales compradores, en sus primeros años, eran los burdeles de Carrera Pinto. Había que calefaccionar y cocinar en casas antiguas, de paredes altas y de adobe. Para eso estaba el brasero, donde el carbón no podía faltar.

De esta manera, por aquellos años, en el Chile provinciano se habituaba encender este artefacto y conservar durante todo el día la tetera sobre las brasas para tener siempre agua lista para el té, para el mate o para cocinar.



Debido al alto consumo de carbón, existieron varias carbonerías en Rancagua. Tan sólo en calle Carrera Pinto se podían encontrar más de tres, además de la que María administraba.

La más antigua, aún vigente, es la que está ubicada en Alameda, casi al llegar a calle Santa María, del propietario Sr. Ahumada. Otra, es la que se encuentra hacia el sector norte de la ciudad, en Población los Alpes, la carbonería del Sr. Rubio.

María, menciona con una sonrisa satisfactoria, que en los años previos a 1980 alcanzaba a vender más de 25 mil kilos de carbón al mes, distinto a lo que ahora sucede con sus ventas, alcanzando a repartir alrededor de 12 mil kilos al mes. La gente ahora ocupa el carbón solamente para los asaos', dice resignada, asumiendo los cambios que trajo el pasar de los años.

Antiguamente, María abastecía su negocio comprando carbón en Talca y en Machalí. Asegura que siempre ha vendido carbón de muy buena calidad, principalmente de espino..



Con tanto años en el oficio es capaz de reconocer el tipo de carbón y de qué materia prima está hecho. Existen carbones de otras maderas, como Litre, Peumo, Acacio, Boldo y Roble. El producto derivado es denominado carbón blanco.

Para hacer el carbón es necesario que la leña esté semi verde, señala. En este estado la leña recibe el nombre de huala y hay que dejarla orear más menos 10 días después de cortarla. Si es muy pesado es probable que sea de Pino, afirma. Aconseja no confiar el carbón de color negro brillante. Además, menciona otros productos procedentes, como el cijo o cisco, que es lo restante del carbón, que se encuentra molido y es bueno para hacer tortillas de rescoldo y para aislar postes de madera eléctricos. Distinto es el tizón, aclara, que es la madera que no alcanza a convertirse en carbón. Sin embargo, es perfecta para los asados al palo.



Actualmente, la compra del carbón la hace en Chillán, en la localidad de Ninhue. Cuenta que un camión lo transporta hasta Rancagua, llegando en la noche para descargar, mientras la mayoría de las personas ya se encuentran descansando.

Por estos días vende el kilo a 800 pesos cuando es por saco. Si es a granel, el precio varía a 900 pesos el kilo.

La Señora María tiene una buena venta, no se queja. Mantiene una clientela fiel a su carbón, reparte a Supermercados Cugat, y a muchos almacenes de barrio de la Provincia en su camioneta teñida por su producto estrella.

Quien atiende de punto fijo durante el día en la carbonería es el Sr. Emilio Pacheco, encargado además, de envasar el carbón en la clásica bolsa amarilla que fácilmente se puede reconocer en más de algún negocio o botillería de la región

